

F.A. BILLDAM

EL PODER
DE LA
CONCIENCIA

F.A. BILLDAM

EL PODER DE LA CONCIENCIA

Nota del autor: Los hechos y/o personajes de esta obra son ficticios. Cualquier similitud con la realidad, es mera coincidencia.



863 F. A. Billdam
FAB El poder de la conciencia. - 1ª. ed - Buenos Aires : el autor, 2003.
442 p. ; 20x14 cm.
ISBN 987-43-5598-0
I. Título - I. Narrativa

Copyright © F.A.Billardam, 2003
Rodríguez Peña 225 - Martínez

Diseño de Tapas e interior: Mara L. Galián

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN N° 987-43-5598-0
Impreso en Argentina

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio aún el electrónico o el tratamiento informático sin la autorización escrita de los titulares del "copyright".

DEDICATORIAS

a: Franco, Mara
Alicia L.
Martín
María Ida
Aurelio y Betty
Gustavo y Alicia
Horacio y Liliana
Marta y Ricardo
Virginia
Silvia
Zoraida
Daniel
Graciela

a todos los amigos que me acompañaron y a todos mis
seres queridos.

Gracias.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO TRES

Al llegar a Corrientes, tuvieron una cálida bienvenida por parte de los apenados familiares que, sin duda, estaban necesitando la frescura de la juventud para mitigar el dolor de la pérdida.

El calor de las tardes de verano correntinas, obligaba a todo el mundo a permanecer en sus casas y a dormir una buena siesta, pero Frida, en su afán por distraer a Berenice, buscaba siempre una excusa para no quedarse. Solían ir a un río no muy lejano y aprovechaban la ausencia de la gente para bañarse desnudas. Luego del baño, se secaban a la sombra de los sauces llorones y hablaban de lo que sentían o pensaban, proponiéndose cada vez, un proyecto de futuro diferente. A veces, Frida, hacía alguna chiquilinada para pasar el tiempo.

-¡Te apuesto un helado a que encuentro un sapo! -dijo Frida-

-¡No seas tonta! Los sapos salen de noche.

-¿Quieres apostar?... Vamos, a lo sumo me pagas el helado.

-Si apuesto, la que tendrá que pagar, serás tú. ¡Te advierto que me pediré el helado más grande! -dijo Berenice, segura de ganarle-

-¡Trato hecho!

-¡Estás loca!

-¡Veremos! -contestó Frida, segura de lo que estaba diciendo-

Lo que Berenice no sabía, era que Frida contaba con un extraño sentido de la percepción. Lo hallaba rápida-

mente y una vez en su poder, le hacía hacer al pobre bicho, una serie de pruebas insólitas, como por ejemplo, empujarlo sobre una maderita que apoyaba sobre una piedra, usándola como un trampolín hasta hacerlo saltar al agua, o ponerlo sobre una hoja ancha como si fuera un bote para que flotara en el río, entre otras tantas pruebas más. Berenice, perdía siempre todas las apuestas, pero no le importaba pues se divertía muchísimo. A la tardecita, la casa de la tía Zoraida, donde se alojaban, se llenaba con la visita de amigas.

Fue en una de esas ocasiones cuando recibieron la invitación para asistir a un baile familiar. Allí, conoció a Alberto, un joven médico, recién recibido, de quien se enamoró. Se frecuentaron durante todo el tiempo que duró su estadía y fue suficiente como para que ambos se percataran de que ese amor no era pasajero. Se hicieron mutuas promesas y las reafirmaron cuando llegó el momento de la despedida.

-No llores, Frida. Te prometo que te escribiré.

-Ya lo sé, Alberto. Lo que pasa es que no sé si podré soportar la distancia.

-A lo mejor, no es por mucho tiempo.

-¿Acaso piensas ir a verme a Lomas?

-Aún me falta planificar algunas cosas. Sabes que hace poco que he instalado el consultorio. No puedo abandonarlo hasta que la gente me conozca. De todos modos, ni bien pueda, iré a verte.

-Creo que comienzo a odiar tu profesión de médico.

-Dime una cosa... ¿Dejarías a tus alumnos?

-Sólo si tú me lo pidieras... ¿Acaso lo estás haciendo?

-Puede que lo haga pronto.

-Pues, apresúrate. Mi tren está por partir.

-No me refería a tan pronto. Para mí, eres algo

muy especial. Quiero poder ofrecerte lo mejor, y para ello, primero debo trabajar mucho, tanto en el hospital como en el consultorio. No creo que sea éste el mejor momento para que me acompañes.

-Yo no pienso lo mismo, pero... no quiero interferir en tus proyectos.

-Sabía que me comprenderías. No temas, pronto estaremos juntos.

-No estoy tan segura de ello. Puede que te enamores de alguna paciente más bonita que yo.

-Ya he visto muchas mujeres y por ninguna he sentido lo que siento por tí.

-La distancia todo lo puede.

-Veremos quién de los dos tiene razón... Apresúrate o perderás el tren y entonces, no tendrá valor la apuesta.

De esa manera, se despidieron. Durante todo ese año y parte del siguiente, Frida recibió en forma periódica, cartas de Alberto donde le contaba acerca de sus progresos en el campo médico. Hasta que un día, recibió la carta que tanto había estado esperando... La propuesta de matrimonio.

Dedicó los últimos seis meses de período escolar en hacer todos los preparativos para su boda, empleando el tiempo que le quedaba libre, luego de dar clases. Se despidió de sus escuelas con un cierto pesar, pero no dudó en alejarse de esa vida. Sus padres la acompañaron en el viaje y asistieron a la ceremonia, felices de dejarla en manos de ese joven que prometía cuidarla bien.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO CUATRO

Frida y Alberto, comenzaron así una vida llena de felicidad. Mientras él se ocupaba con premura de sus pacientes, ella se dedicaba por completo a la atención de sus hijos y del hogar.

Durante la gestación de su tercer hijo, sucedió algo extraño. Frida, comenzó a sentirse invadida por sensaciones perceptivas que nunca antes había tenido. Una noche, luego de acostar a los niños, se dirigió a la cocina para calentar la cena de Alberto. Sabía que no tardaría en llegar, por eso, acomodó la mesa como de costumbre. Puso la comida en el fuego, tomó una cuchara para mezclarla pero no llegó a hacerlo.

Permaneció quieta e inmóvil. Un sinnúmero de imágenes, se le presentaron en su mente sin que pudiera identificar o reconocer alguna. Luego, dejó caer la cuchara y el sonido que ésta produjo al tocar el suelo, la distrajo lo suficiente como para que esas imágenes se desvanecieran. Entonces, tomó conciencia de que la comida se había quemado. Al entrar Alberto, la encontró atribulada pues no conseguía despegar la carbonizada comida del fondo de la olla.

-¡Frida! -preguntó, preocupado- ¿No me oíste? Te he llamado varias veces. ¿Ocurre algo?

-Se quemó la comida.

-¿Te sientes bien?

-Supongo que sí. Es la primera vez que me ocurre.

-No te preocupes. Eso le pasa a cualquiera. Comeré alguna fruta. De todos modos, no tengo mucho apetito. Ven, siéntate a mi lado y cuéntame.

Frida, se secó las manos en su delantal y tímidamente se sentó al lado de Alberto, sin pronunciar palabra alguna.

-Hoy he tenido un día bastante agitado -le dijo, intuyendo que debía tranquilizarla- Un niño entró de urgencia al hospital. Tenía fracturada su columna vertebral. Al parecer, un automóvil lo atropelló mientras cruzaba la calle con su bicicleta. Afortunadamente, ahora, está fuera de peligro. Además, ¿a que no sabes quién vino al consultorio?

-No, ¿quién?

-La hija de Débora. Parece que está embarazada.

-Pero, si no está casada.

-Tiene pensado hacerlo. El novio es un buen muchacho.

-¡Pobre chica!

-¿Por qué dices eso?

-No sé... Casarse de ese modo... no va a ser feliz.

-¿Qué te ocurre? Nunca antes habías dicho algo así.

-No sé, no sé, no me lo preguntes. Simplemente lo presiento.

-Bueno, no discutamos por algo ajeno. Ahora, cuéntame que te ocurrió. Es la primera vez en años que dejas quemar la comida.

-Tampoco eso puedo responderte. La puse a calentar como de costumbre y lo único que recuerdo es el ruido de la cuchara al caer al piso y el fuerte olor a quemado. He tratado de pensar acerca de lo ocurrido pero no puedo recordar nada. No obstante tengo la rara sensación de que algo malo va a ocurrir. No me refiero a mí en particular, sino algo en general. Pero tampoco puedo especificarlo.

-Me parece que lo único que te ocurre es que estás cansada. Últimamente, no he podido ayudarte mucho que digamos. De todos modos, mañana vendrás conmigo al hospital. Te haré un chequeo general.

-No creo que sea necesario. Lo que siento, no tiene nada que ver con mi salud o la del bebé.

-Me gustaría asegurarme de ello. Ahora, creo que lo mejor para ambos es que nos vayamos a acostar.

-¡Pero no has cenado!

-No importa. No le vendrá mal a mi pancita descansar una noche. Sería conveniente que desapareciera. Aún no tengo edad para tenerla y ya la tengo. Ven, vamos a la cama. Allí me contarás qué han hecho los niños hoy.

-Y mientras te cuento, te quedarás dormido, como de costumbre.

Frida fue sometida a un exhaustivo chequeo. Afortunadamente, su estado de salud fue determinado como óptimo. Su embarazo siguió progresando normalmente. Pero, en el último tramo, un período prolongado de sequía, comenzó a asolar el lugar, haciendo peligrar la vida de todos. Frida, se vio obligada a pasar la dura prueba de resistir el calor y la falta de agua. La racionalizaba con inteligencia para que sus hijos no sufrieran, pero a veces, eso no bastaba. Alberto, por ese entonces, ya era el único médico en quien la gente confiaba y eso lo obligaba a trabajar hasta altas horas de la noche. No obstante, Frida se oponía a la idea de marcharse y alejarse de él aunque más no fuera provisoriamente. Alberto, se hubiera sentido más tranquilo si ella hubiese querido ir a Buenos Aires donde vivían sus padres, pero no pudo convencerla de hacerlo.

-No te preocupes por calentarme la cena -le decía con profunda preocupación, cada mañana antes de salir- Hoy no sé a qué hora podré volver. Con este calor, siguen proliferando las enfermedades.

-Todos los días me dices lo mismo.

-Es que si no llueve pronto, la situación se

tornará más crítica aún.

-No te preocupes. Te prometo que si tengo sueño, me acostaré.

-No sólo me preocupo por tí, sino por los niños y por el o la que llevas dentro. Debes cuidarlo, aunque aún no lo veas.

-Lo cuido más que a mí misma.

-Así debe ser. Bueno, debo irme. Ya sabes, cualquier cosa que necesiten tú o los niños, llámame. En el hospital te dirán, si no estoy, dónde puedes ubicarme. A propósito... no te olvides...

-Sí, ya sé. No voy a olvidarme de hervir el agua y de mantener tranquilos a los niños para que no transpiren demasiado y no se deshidraten. No te preocupes.

-Si esta sequía continúa, deberás aceptar mi sugerencia de marcharte.

-Bueno, veremos... tal vez más adelante, si todo continúa igual... ahora, ¡vetel! o no tendrás más pacientes que atender.

Así se fueron sucediendo los días. El vientre de Frida, aumentaba cada vez más de tamaño y le costaba caminar. Por las noches, se sentaba frente a la ventana y observaba el cielo en busca de algún indicio de lluvia, pero lo único que veía, eran las brillantes estrellas, tan nítidas que parecían estar al alcance de la mano.

Alberto, llegaba cada vez más tarde, pero a pesar de ello, lo esperaba despierta. Tan sólo a veces, el cansancio la vencía. Como cierta vez en que, próxima ya al alumbramiento y sentada en su mecedora frente a la ventana mirando el despejado cielo cuya luna plateada iluminaba, le habló al hijo que llevaba en sus entrañas. "Pronto nacerás, y si logramos soportar esta difícil situación, serás un niño especial. Estoy segura de ello, puedo sentir que así será..."

Tras lo cual, se quedó profundamente dormida. Ni siquiera pudo percatarse del rayo de luz que entró por la ventana y la iluminó durante unos breves instantes. Esa noche, cuando Alberto volvió, la encontró aún durmiendo, con una expresión que reflejaba una inusitada paz y tranquilidad. Estaba tan bella que no quiso despertarla. Registró con placer esa imagen y la contempló en silencio, temiendo que el eco de los grillos pudiera interrumpir ese momento. Luego, muy lentamente, se acercó, le secó con un pañuelo las perladas gotas de sudor de la frente y suavemente la despertó para que continuara su sueño en la cama.

El calor hizo estragos no sólo en la gente sino también en el suelo. Se perdieron todas las cosechas y los profundos surcos en la tierra reseca, que no eran más que el reclamo que hacía la naturaleza por la falta de agua, hacían difícil hasta el transitar por ella. Los creyentes rezaban con fervor y asistían a las misas que, como excepción a la regla, se ofrecían a diario. Aún la colaboración solidaria de las autoridades, en lo referente a medidas sanitarias, no bastó para evitar ese estrago. Finalmente, en una de las periódicas reuniones que mantenían en el Municipio, decidieron que debían tomar otra clase de medidas.

-Debemos hacer algo. Esta situación está convirtiéndose en un gran problema. El hospital está lleno de niños y ancianos enfermos. El doctor Alberto está haciendo todo lo que puede, pero de seguir así, también él terminará enfermándose -dijo uno de los funcionarios-

-No te olvides que contamos con la ayuda del gobierno central. Sugiero que sigamos aprovechándola -contestó otro-

-¿Hasta cuándo? ¿Cuánto tiempo más crees que podemos seguir?

-No creo que esto se prolongue por más tiempo.
-No deja de ser una suposición.
-Disculpen, ¿puedo decir mi opinión? -dijo otro, que aún no había hablado-
-Para eso estamos reunidos. ¿Qué piensas?
-Creo que lo más razonable sería tratar de evacuar a la población.
-¡Eso es una locura! Sabes que no contamos con los medios suficientes como para trasladar a toda la gente y mucho menos darle un alojamiento.
-No me refería a evacuarla de esa manera, sino solicitarle a todos aquellos que cuenten con un lugar donde ir provisoriamente, que lo hagan. Luego, veremos cuántos quedan y qué hacemos. Pero mientras tanto, estaríamos reduciendo riesgos.
-Creo que es una buena idea -dijo el primero-
-No sé, la gente no querrá marcharse -acotó otro que tampoco había hablado hasta ese momento-
-No cuesta nada intentarlo -dijo el de la propuesta-
-Tienes razón. Daremos el estado de alerta. Provean lo necesario para ello...

La comunicación surtió efecto en los más adinerados, pero los campesinos, ni siquiera la registraron. Salvo pocas diferencias, todo siguió igual. Alberto, con la esperanza que Frida recapacitara sobre la posibilidad de irse, trató de convencerla, leyéndole la comunicación.

-¿Has leído el diario hoy?
-No he tenido tiempo.
-Pues aquí dice claramente que no es conveniente que la gente siga permaneciendo aquí. Han declarado el estado de emergencia. Creo que esto lo dice todo. Ya ves, que no es sólo mi opinión. Otros tan-

tos piensan como yo, coherentemente.

-Nunca dije que tu opinión fuera errónea.

-Entonces, ¿por qué no has seguido mi consejo? Hace mucho que te lo vengo diciendo.

-Desde un principio, me propuse estar a tu lado aún en los momentos difíciles. ¿Qué sería de tí si yo me voy? ¿Quién te atendería cuando llegas tan cansado por las noches?

-Pierde cuidado. Ya soy grande. De alguna manera, me las arreglaría.

-De eso se trata. No quiero que sea de "cualquier manera". Ya estás bastante fatigado. Si encima no cuentas con alguien que te atienda, te convertirás en un paciente más.

-Y si algo le ocurriera a mi mujer y mis hijos, también me convertiría en un paciente, ¡pero del manicomio! No podría perdonármelo.

-No digas eso.

-Pero es verdad. Frida, yo los amo. Quiero lo mejor para ustedes. Además, sería alejarlos tan sólo por un tiempo.

-El niño está por nacer. No quiero que lo haga camino a Buenos Aires o lejos de su padre.

-Sabes que no puedo dejar a los enfermos. Ellos confían en mí. El doctor Pedro ya está muy viejo y no podría solo con todos.

-Por ahora, no pienso cambiar de opinión.

-Hagamos un trato -le dijo, buscando otra salida al ver que ella se mantenía firme-

-Si la situación no cambia dentro de los próximos cinco días, el sábado te marcharás.

-Está bien, me has convencido -contestó ella, presintiendo que antes de ese lapso de tiempo, algo iba a cambiar- Si todo sigue igual, me iré a Buenos Aires. Pero tú no me dirás nada más durante estos días que quedan, por más que salgan otras noticias al respecto.

-Trato hecho.

-Ven, acércate -dijo ella- Dame besos y mimos.
Como anticipo por si me voy...

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO CINCO

Frida, no se había equivocado. Tres días después, en las primeras horas de la tarde de un 12 de diciembre, se produjo el alumbramiento. A los pocos minutos de nacer Carlos, el cielo se transformó en una bóveda oscura. Una serie de ráfagas escalonadas de luz, en diversos grados de altura, comenzó a fluir en la negrura del cielo, extinguiéndose y volviendo a aparecer en una sucesión inagotable de brillo. Acompañando ese flujo prodigiosamente múltiple y complejo, una serie de escalonadas gotas de agua, comenzaron a humedecer el sediento suelo. Poco a poco, esas gotas, se fueron convirtiendo en miles y millones hasta convertirse en el tan esperado fenómeno físico: una abundante y copiosa lluvia.

No todos pudieron presenciar el comienzo, pero los que lo hicieron, se vieron impulsados, a través de diferentes estímulos propios e individuales, a actuar de diferente manera. Algunos, salieron a enfrentarse cara a cara, con los brazos extendidos en señal de bienvenida, a ese fenómeno natural; otros, en cambio, comenzaron a cerrar puertas y ventanas para proteger los muebles y el interior de las viviendas; otros, simplemente, se dedicaron a una complaciente contemplación, conservando la misma posición en la que habían sido sorprendidos, ya fuera de pie, o sentados. Pero lo que sí compartieron todos por igual, fue la enorme sensación de alivio, acompañada por el ejercicio mental de que todos los problemas se habían acabado.

Ese nacimiento, llevaba implícita, una imperceptible señal. Algo sutil y delicado, cuya sustancial fuerza, guardaba una inalcanzable distancia en la comprensión de cualquiera.

De todos modos, cualquier especulación filosófica al respecto, no hubiera tenido sustento sino hasta mucho tiempo después.

Las frases de felicitación que recibió Alberto por el nacimiento, no fueron más que meras y simples bromas circunstanciales.

-Doctor Alberto, ¡lo felicito! ¡Su hijo sí que es original! En vez de venir con el pan bajo el brazo, ¡vino con la lluvia!

-Gracias, Don Jacinto. No creo que mi hijo haya traído la lluvia. Fue el "Flaco de Arriba" quien escuchó nuestros tantos ruegos. Bueno, cuénteme qué le anda pasando. ¿Otra vez la pierna?...

Alberto, solía referirse a Dios como "el Flaco de Arriba" y todos los sabían. Hasta el Cura Párroco, lo había escuchado tantas veces que había terminado por incorporar ese léxico un poco irreverente. De todos modos, nadie se lo cuestionaba, sino por el contrario, aceptaban ese, y otros modismos, como parte de su vasta y flexible personalidad.

La primera parte de la infancia de Carlos, fue poco significativa para los demás, pero llena de elementos contrastantes para él. Ante el sinnúmero de proposiciones dispuestas por sus padres, su respuesta fue siempre dificultosa y extraña. Su innata capacidad de reducir los factores antagónicos presentados en la fase de enseñanza, desconcertaba tanto a los mayores como a sus pares, que no encontraban el eco esperado para las travesuras. Si bien aprendía con facilidad lo que le era enseñado, su privilegiada mente, activaba un mecanismo que singularizaba las reglas generales del conocimiento, llevándolas a un plano de precisión puntualizada y nada esquemática. De esa manera, creció aislado y ajeno a las trivialidades de los otros niños de

su edad. Sus juegos preferidos eran las construcciones con piedritas o maderitas que él mismo se encargaba de conseguir. La no participación de juegos colectivos, lo indujo a la creación de un mundo privado, donde la percepción de lo exterior se desarrolló espontánea y enormemente. Sus padres, interpretaban esa exclusión voluntaria, como timidez, ya que, por otro lado, la naturaleza de sus actos, era perfectamente normal. No obstante, y a pesar de estar bastante atareados con las consecutivas llegadas de otros hijos, descubrieron, a través de la observación cotidiana y ordinaria, que no podía continuar apartado de los demás.

-No sé qué le pasa a Carlitos. Me preocupa. Está siempre tan solo. Goza de buena salud y sin embargo, ¡se comporta de un modo tan extraño!

-No te preocupes, Alberto. Lo que pasa es que es tímido. Pienso que es conveniente que asista a la escuela. Allí, seguramente, perderá su timidez y se integrará a los otros niños. He visto muchos casos como éste en mis años de docencia.

-A propósito, ya que hablamos de ello, ¿aún quieres seguir siendo la maestra de tus hijos?

-¡Por supuesto! ¿Acaso tienes alguna queja sobre lo que aprenden?

-Ninguna. Simplemente te lo pregunto porque veo que estás siempre tan atareada que pensé que no te vendría mal que los niños estuvieran fuera de casa por unas horas. Además, últimamente, con este embarazo, no te has sentido del todo bien.

-No te preocupes. Cuando me sienta realmente mal, te lo diré y aceptaré que dejen de tener maestra particular. Por ahora, me ocuparé de que tan sólo Carlos vaya a la escuela...

Carlos, excedió las expectativas de sus maestros,

durante todo el ciclo primario, a pesar de que tuvo que interrumpir su asistencia a clases por un tiempo, antes de concluir su primer grado. Su madre, había tenido un parto difícil y necesitó varias transfusiones de sangre para salvar su vida. Durante el período de internación de Frida, Carlos tuvo que quedarse en casa para ayudar, junto a sus dos hermanos mayores, a cuidar a los otros más pequeños. Si bien la continua sensación de peligro que podía percibirse en el ambiente, alteraba el carácter de todos, él mantuvo en todo momento, esa imperturbable y silenciosa paz interior. Era como si supiera de antemano que todo saldría bien y que pronto estarían de regreso, su madre con el nuevo hermanito, como si nada hubiera ocurrido. Ya, en ese entonces, Carlos tenía ampliamente desarrollada esa corriente de fenómenos homogéneos que la conciencia llama sensaciones especiales.